



## El Mundo Perdido de Manuel

Lucía Ortiz Camacho

España iba mal, y eso era algo que notaba todo el mundo. Sí, era más que cierto que nada podía ser peor que la Guerra Civil, pero el país estaba sumido en lo que a primera vista podía verse convencional, algo normal en aquella época, pero que resultaba ser una estrepitosa farsa. Tal vez ya no lucharan hermanos contra hermanos, familiares contra familiares, pero las muertes no cesaban, y probablemente jamás lo hicieran, ya que la guerra todavía seguía viviendo tras la falsa máscara de seguridad que se cernía sobre el país y que tenía un nombre que era el más sonado por esos días: Francisco Franco.

El nuevo jefe de estado tenía pinta de ser lo que habían temido los padres de Manuel antes de morir, y todo por lo que habían luchado durante la guerra, un dictador que pretendía arrebatarnos a los españoles su libertad, su manera de vivir, su coraje y su cultura bajo la excusa del miedo y del nuevo conflicto bélico que amenazaba al continente. Eran incontables las pérdidas por culpa de las autoridades, los fusilamientos y las fosas comunes en las que completos desconocidos compartían lecho de muerte en un remoto escondite cuya ubicación, de eso ya se aseguraban las autoridades, jamás sería encontrada. La situación era tan extrema que hasta un escuálido niño como él se daba cuenta de ello.

Manuel no tenía más de quince años, o eso decía la gente del pueblo. La verdad es que llevaba tanto tiempo sin contar los días que pasaban que apenas si recordaba su verdadera edad. Tampoco nadie se había molestado nunca en revelarles la fecha de su nacimiento, pues no le quedaban familiares vivos desde hacía ya tiempo. Su padre fue asesinado mientras luchaba durante la guerra en el bando perdedor, atravesado por una bala en la sien, y ni siquiera le comunicaron a su familia en qué alejado lugar fue enterrado su cuerpo; y su madre, con un inmenso dolor, murió enferma de hipotermia al darle a luz en la habitación más pequeña, húmeda y oscura de una pensión de mala muerte en la que había estado alojada.

Su abuelo, con la suerte de ser demasiado anciano como para alistarse al ejército, se encargó de que no le enviaran a un orfanato, ni le entregasen a alguna familia esperando que no recordase a la anterior, como habían hecho con tantos bebés. En su lugar, le acogió y le cuidó hasta que no le llegaron las fuerzas. Era, además, un gran narrador de historias, que tenía una labia especial para relatar a Manuel cuentos fantásticos e incluso antiguas anécdotas de las historias de antes de la guerra, que el joven ya no distinguía entre ellas. Al fin y al cabo, viviendo en aquellos tiempos, ¿a quién no le parecería un sueño algo tan alejado de la realidad como lo fue la República? Sin reyes, sin dictadores y sin restricciones. A pesar de que el anciano fuese un disidente político oculto entre seguidores del régimen, sus ideales no lograron calar en lo más profundo de aquel niño de unos pocos años que ya era capaz de vislumbrar por donde le iría mejor en esa sociedad.

Tampoco es que durase mucho tiempo a su lado, pues contando Manuel su edad con los dedos de la mano, el anciano contrajo una ahora leve enfermedad, pero que para alguien de su edad y con tan pocos recursos podía ser mortal. De hecho lo fue, y apareció muerto el día y de la forma menos esperados, con una apacible sonrisa y sentado en un cómodo sillón, único objeto al que tenía aprecio junto a su nieto y su adorada chimenea. No era extraño que siendo tan pequeño, no le quedase otra al niño que sobrevivir de alguna de las pocas maneras posibles. El niño comenzaba a desesperarse de hambruna y soledad cuando conoció a Pascual Castaño, un chico que ya debería superar los dieciocho y que se encargó de la tarea de educarle en sus valores y su estilo de vida. Es entonces cuando perdió la cuenta de los años.

Y así es como acabó aprendiendo el antiguo oficio del hurto, en el que Pascual decía ser todo un profesional, y viviendo los años que sucedieron a base de pan y algún que otro alimento robado en el mercado, y cobijándose en el refugio que le ofrecía el techo de la vieja casa de su abuelo, del que solo acabó recordando su maravilloso don para hilar las historias y embaucar al afortunado, que lograba escucharle, manifestar su espléndido arte para narrar los relatos. Por fin, su vida se estabilizó un poco, a pesar de sobrevivir en tan precarias condiciones, y lo que muchos pensarán, una enorme falta de honradez y decoro. Por lo menos, hasta que les atraparon.

Era una noche despejada. Los faroleros ya habían apagado las luces y solo quedaban en la calle aquellos necesitados de ayuda divina, que no tenían un hogar al que volver ni dinero para comprar víveres que llevarse a la boca. Los dos amigos, que se habían vuelto prácticamente inseparables, avanzaban lentamente por los tejados de los edificios del Casco Antiguo de la ciudad, dispuestos a desvalijar la vivienda de un pobre señor anciano, cuando oyeron una voz que les gritaba desde la acera.

— ¡En nombre de la ley, queda detenido!

No era ni más ni menos que un grupo de policías que, se enteró horas después, habían estado siguiéndole la pista desde hacía ya un tiempo. Por alguna extraña razón, los agentes sólo apresaron a Manuel, y dejaron a Pascual en libertad. Por mucho que el menor le gritara pidiendo ayuda, el otro le observaba a un lado de la extraña procesión que formaban él y los uniformados, siempre con la mirada triste de aquel cuya impotencia le impide proteger a su amigo. Le llevaron a la comisaría y le dejaron en una fría, oscura y húmeda celda. Su horripilante olor parecía una mezcla de todas las cosas asquerosas y putrefactas que existen en el mundo. Durante unas cuantas horas, estuvo preguntándose si aquello no sería una pesadilla, pero el dolor de las esposas, que los guardias le habían colocado, rozándole las muñecas cada vez que hacía un movimiento le decía que no estaba soñando. Por fin se encendió una luz, pero solo para que los agentes le volvieran a agarrar de los brazos.

De nuevo lo arrastraron en contra de su voluntad, pero esta vez hasta una habitación muchísimo más acogedora, y que no olía a muerto, en la que le esperaba un hombre vestido elegantemente. Éste le interrogó

concienzudamente sobre su supuesto amigo, que ninguno de los agentes parecía haber visto, con cara de escepticismo hasta que le decidió darle la noticia de que el chico en cuestión se lo habían llevado, porque de todos modos estaba condenado a ir a la cárcel, y le dieron un ultimátum: O demostraba que su lealtad al régimen era digna de un español, o correría la misma suerte que su hipotético amigo el ladrón, que él tenía una oportunidad porque era joven, ignorante, y todavía tenía toda una eternidad que disfrutar por delante.

Contando tan pocos años de experiencia en la aventura que es la existencia, y con tanta presión a sus espaldas, ¿cómo iba a discernir lo que era ético o no? Tan solo sabía que debía hacer algo para seguir viviendo, y la casi nula imaginación que había adquirido en este mundo lleno de dificultades sólo le dio para tomar el camino más sencillo, pero a su vez el más complicado. Había escuchado en la radio nacional que mucha gente de la ciudad había denunciado a otros con la excusa de ser disidentes políticos, contrarios al Generalísimo, y que a cambio había recibido grandes recompensas. Decidió que lo mejor sería hacer eso mismo. Apenas se sintió mal al afirmar que el vecino que había vivido junto a él desde que tenía memoria era un firme opositor de la dictadura, a pesar de intuir que era totalmente lo contrario. Al fin y al cabo, los ideales de su difunta familia nunca le importaron demasiado, y tantos años robando le permitían no sentir remordimientos.

Cuando sucedió eso era de madrugada, y a primera hora de la mañana de ese mismo día, unos potentes gritos se oyeron en la calle de las Espadas, justo donde él vivía. Desde el piso de arriba de su casa, Manuel observó cómo tres oficiales de la guardia nacional, ataviados con su uniforme y tan groseros y egocéntricos como lo eran todos los miembros del cuerpo en aquella época, golpeaban la puerta de al lado con fuerza. Una mujer de aspecto cansado salió a recibirle con su hijo, que todavía era un bebé recién nacido, cargado en unos brazos endurecidos por las labores del hogar. Ni siquiera entonces le carcomía la conciencia.

—Buscamos a Francisco Pérez.

Entraron sin pedir permiso, y cuando ya estaban fuera, vio que habían apresado a un hombre de mediana edad y pelo cano, que tenía el ceño fruncido con confusión y no paraba de preguntar de qué se le acusaba, y se lo llevaron a rastras. La mujer pegaba alaridos de dolor mientras veía a su marido alejarse, el niño berreaba con desasosiego, y el hombre, aturdido, reclamaba su inocencia, pero aún así Manuel seguía imperturbable ante el prendimiento de aquel pobre caballero. Fue entonces cuando advirtió que una niña de más o menos su edad estaba mirando la escena desde la puerta, apoyándose en el marco de madera. Había algo en aquella muchachita enjuta y de piel pálida que le revolvió las entrañas, causándole ganas de vomitar. Parecía una muñeca de porcelana, ataviada con elegantes ropas de color marfil y perfectamente aseada, con su pelo negro como el carbón cayéndole como cascadas sobre los hombros y de ojos de un azul oscuro como la tinta.

Y justo en ese preciso instante, cuando la niña giró la cabeza y le miró, fue cuando le invadió un miedo atroz que le heló la sangre y le paralizó hasta el último músculo del cuerpo. Ya no era tanto porque la chica sabía que estaba espiando desde la ventana, sino porque su mirada desprendía un aura que jamás había sentido, una mezcla de furia y melancolía que sólo se podían apreciar en aquellos orbes oscuros, que tenían una particular semejanza con el cielo al anochecer. Su semblante, calmado e impassible como si se tratara de una máscara de roca, no reflejaba el cúmulo de sentimientos que demostraba albergar en su interior a través de sus pupilas, y eso era lo que más le aterraba, lo que le hacía incapaz de moverse y que, irracionalmente, viese toda su vida pasar frente a él como si se tratase de una de esas películas que ponían en el cine los domingos y que siempre se colaba a ver.

Tal vez debió haber salido corriendo cuando aún estaba a tiempo, escapar como alma que lleva el diablo sin detenerse ni un solo momento a mirar atrás, sin preocuparse de otra cosa que no fuese huir para salvar el pellejo, pero no podía. Algo le decía que si intentaba zafarse de lo que sea que fuese aquel monstruo vestido con las pieles de una infante, su vida se esfumaría como si nunca hubiese existido. De hecho, todo esto lo pensó en los pocos instantes que aquellos pozos de desesperación, que hacían las veces de glóbulos oculares de la muchacha, se materializasen frente a él, y cayó en la cuenta de que jamás podría perder de vista a la abominación con ropa de chiquilla que apareció frente a sus narices. Lo peor no fue que sucediese algo que iba en contra de las leyes universales, que desafiaba a la naturaleza, eso hubiese sido aún menos extraño. Lo que realmente le cayó como un cubo de agua fría y le golpeó el corazón como un enorme puño de hierro ardiendo era la sensación de que aquel engendro era, de alguna oscura manera, el bebé que la mujer sostenía en la calle.

No sabía de dónde le vino la idea, jamás supo si fue obra de aquella bruja con mirada de demonio o si su mente le jugó una mala pasada, pero estaba firmemente convencido de que el hermoso aspecto de aquel ser mágico reflejaba el futuro plácido y feliz que le hubiera esperado de no ser porque él había decidido tomar el camino fácil, porque había elegido perjudicar a alguien más para salvar su vida, arruinando otra. Y, estaba seguro, aquella furia encerrada dentro de la muchacha se debía a haber condenado a muerte a su padre, aunque hubiese sido indirectamente.

Entonces, alguien más aparte de la niña se presentó en la sala. Su compañero Pascual, que creía encerrado en alguna prisión en la otra punta del país, se manifestó sobrenaturalmente en la estancia. Su camarada se quedó allí, quieto en una esquina y con los brazos cruzados, contemplándole tristemente, pero de una forma muy diferente a cuando les habían capturado. Esta vez le observaba, ya no con impotencia, sino con expectación ante una muerte próxima. El pavor le recorría mientras la niña se le acercaba lentamente y su amigo se dirigía a un escritorio cercano. Pascual cogió pluma y lápiz, se sentó en una silla y comenzó a escribir. En ese momento, la chica se abalanzó sobre él y le rodeó el cuello con las manos, cortándole la respiración. Mientras se iba ahogando, Manuel pegaba alaridos de desesperación. Un intenso dolor fue brotando en su pecho, comenzaba a ver puntos negros y le ardía la

garganta, hasta que Pascual se levantó del escritorio, dejando el papel sobre él. En el preciso instante en el que vio la cara de su amigo, cerró los párpados y paró de moverse. Tal vez por ver una última vez a su compañero, Manuel murió sonriendo.

Cuatro días después de este hecho, los vecinos comenzaron a oler algo raro dentro de la casa. Cuando el nauseabundo olor de la descomposición ya se hizo insoportable para la mayoría de los habitantes de la calle Espadas, se llamó a los policías, que derribaron las puertas de la casa y se encontraron el cadáver que se identificó como el de Manuel. El cuerpo, pálido, rígido y en proceso de descomposición, estaba apenas reconocible. Tenía las manos todavía sobre su propio cuello, como si se estuviese ahorcando a sí mismo. También hallaron una especie de nota de suicidio llena de frases prácticamente incomprensibles, con una caligrafía digna de confundirse con la de un médico.

Preguntaron a los vecinos y a los policías. Aseguraron que cada vez que lo veían por la calle parecía hablando solo. Nadie conocía al tal Pascual que describía en el papel lleno de garabatos, ni a esa niña que, según había escrito antes de morir, le miraba con odio. Los pocos que le conocían le describían como una persona fría y que no solía expresar sus sentimientos. Manuel vivía en un mundo apartado de la realidad, un mundo solitario, pero menos que el que todos nosotros compartimos. En él, podía ser quien quisiese, porque sólo estaba él, pero cuando todo se desmoronó, el mundo de Manuel se perdió junto a él.

*El mundo le dio la espalda, y él le dio la espalda al mundo.*

Por Lucía Ortiz Camacho